

SABATINAS INTEMPESTIVAS GREGORIO MORÁN

De Madrid a la Luna

La irrupción del documental en las salas cinematográficas debería considerarse en España como un acontecimiento cultural. Si tenemos en cuenta que la actividad cultural que se desarrolla en el país está volcada al mercado y que los fervientes críticos, analistas, reseñeros y demás gentes del oficio informativo consienten en darle más importancia a Harry Potter que a Harold Pinter —por escoger dos productos genuinamente británicos—, basándose en el principio del consumo, no sé por qué no aplicamos el mismo cuento al resto de las actividades. Me explico. Si la gente gusta más de Harry Potter que de Harold Pinter, y esa es la razón por la que nosotros le damos preponderancia, deberíamos dedicarle más atención a los vinos estilo break-San Simón, cosecha del día, que a los Ribera del Duero, los Prioratos o a los blancos de Somontano, por ejemplo. Y no digamos en los restaurantes. Entre el número de servicios y de satisfacciones que tienen los clientes de las casas de comidas, y las escasas, muy escasas, que producen los alquimistas de la restauración con estrellitas Michelin, hay todo un abismo de consumo; porque entre los alquimistas de la cocina los hay buenos, y me consta, y hay auténticos perillanes que bordean la estafa, con gran éxito de crítica y público.

¿Por qué razón todos los diarios ponen en lugar destacado las listas de discos más vendidos, de libros más vendidos, de películas con más espectadores? Lo hacen exactamente igual que si se tratara de las acciones en la Bolsa. ¿Tiene algún valor cultural las acciones de Endesa? ¿Y las de Telefónica? ¿La gente que invierte, coloca el dinero en sus acciones por motivos de bondad natural, ecológicos, sentimentales? No. Lo hace por algo tan legítimo y extracultural como el negocio. ¿Y por qué entonces se publican las listas de discos, libros, y filmes como si fueran la Bolsa? Pues porque son la Bolsa. Si yo fuera empresario e invirtiera mil millones en un filme, no admitiría jamás que un plumilla de un periódico me ninguneara dedicando a *mi película* idéntico espacio al de un pringao de productor que ha colocado diez kilos y además los ha enmascarado con subvenciones varias. O lo que es lo mismo, de eso se ocupa un gabinete de promoción publicitaria, para evitar que los gilipollas duden y para que sigan pensando que Harry Potter es cultura popular, y lo demás zarandajas de frustrados. (Y si insisto en lo de Harry Potter es para evitar poner ejemplos españoles que me crearían problemas).

Podríamos seguir y alcanzaríamos cimas inmarcesibles sobre la defachatez y la diferencia entre industria cultural y cultura, dos términos que a menudo se confunden y que unas veces marchan juntos y otras muy distanciados. Que hacemos basura para consumo cultural y la gente lo agradece, ¡magnífico!. Que hacemos gloria bendita y la gente no lo consume, ¡un fracaso! El cine es por principio una industria que exige una inversión económica sin comparación con ninguna otra. De los grandes productos de Hollywood ocurre como con el cerdo; nada se desaprovecha. O lo que es lo mismo, el cine es el gorrino de la industria cultural. Por eso es tan importante la incorporación del documental a las salas cinematográficas. Es un cine humilde, de bajo costo industrial, y sobre todo que no compite, porque no nace para el mercado sino por las exigencias de creadores y espectadores. Si la gente supiera cómo se planifican las superproducciones y la competencia entre los grandes de la industria, se avergonzarían de ser tratados como ovejas; porque el mercado, por principio, juega con la candidez del cliente. ¿Saben cómo se elaboran los best sellers? Pues los organizan gente que tendrían dificultad para escribir medio folio, que por cierto no han leído un libro en su vida. El común no sabe que lo más barato de un libro es el que lo escribe. Digo bien, el que lo escribe; ni siquiera el que lo firma.

Tendríamos que preguntarnos por qué entre las escasas películas notables que se hicieron en España desde la transición acá, buena parte de ellas pertenecen al género documental. A más de treinta años de la muerte de Franco no hay un sólo filme que represente a un franquista que no sea cómico, ni a un falangista que no parezca un chiste, o un conservador que no se exhiba en cartón piedra. Recuerdo mis discusiones con Juan Antonio Bardem sobre *Siete días de enero*, en la que tengo una responsabilidad, y las dificultades para dotar a los persona-

LOS AÑOS SESENTA

fueron volcánicos, atrevidos, temerarios y frustrantes.

En aquella década está lo mejor de nosotros mismos



MESEGUER

¿POR QUÉ ENTRE LAS escasas películas notables que se hicieron en España desde la transición acá, gran parte son del género documental?

jes de sangre, de vida, y sacarlos del esquema, en aquella película fallida. Y *Camada negra* de Gutiérrez Aragón. Quizá el éxito creativo de *Furtivos* de Borau, o de *El espíritu de la colmena*, de Erice, tan radicalmente diferentes, consistía en haber logrado lo más difícil del cine, el clima. Nada representaba mejor el paisaje natural, la fauna social y la flora sentimental de los tiempos del cólera que el *tempo lento e maestoso* de *El espíritu de la colmena*.

Otras dos películas que trascienden absolutamente la modestia de su realización, no de su talento, y que marcan auténticos jalones en la comprensión de una época a través del cine, son documentales. *Las canciones para después de una guerra* de Patino y ese feliz engendro que fue *El desencanto* de Chávarri. Apenas traspasada la pituitaria por una melodía banal, frívola, estúpida en su sentido estricto, está la fuerza de la imagen, del contraste, de la ternura que provoca la desolación absoluta de una guerra. ¿Y *El desencanto*? Llegó a ser emblema de una época muy concreta en pleno

ecuador de la transición. ¿Cómo fue posible que la truculenta historia de una familia como los Panero, poetas, gente sensible, culta, sabia, brillante, nos diera ese retrato de época, entre Goya y Solana, brutal?

Ahora que se llora a Joaquín Jordá después de haberle insultado. Nadie ha querido recordar en la hora de las necrológicas lo ocurrido con su filme *De nens*, que provocó incluso protestas egregias en la sección de Cartas de los Lectores de este diario. El silencio de los corderos, es un buen negocio cinematográfico, pero el silencio de los mediocres es un mal asunto para el recuerdo. Pelillos a la mar; el muerto al hoyo y el vivo al bollo. ¡No se habría reído ni nada en la hora de sus póstumos homenajes! Su cine es la confirmación de esa evidencia que nos obliga a reflexionar sobre la paradoja; los documentales de Jordá son páginas de cine que pertenecen a nuestra historia. ¿Acaso hay un filme tan clarividente, tan duro, tan preciso, sobre lo que era la vida cultural barcelonesa durante los años del cólera como el documental dedicado a Jacinto Esteve, que tituló *El contrato del cazador*? Hay tanto cariño, tanta complicidad y tanto valor en ese filme prácticamente clandestino.

Todo este larguísimo exordio hubiera debido ser prólogo a un documental de Carles Balagué que ahora ponen en los cines, *De Madrid a la Luna*, pero se me ha ido la mano. Y no me arrepiento, porque todo lo que pudiera yo decir de este filme está sometido al cuestionamiento personal. Soy parte de él, aunque involuntaria, porque nunca pensé que el sesgo que el director Balagué daba a la historia resultaría eficaz. Y él tenía razón. Porque *De Madrid a la Luna* trata los años sesenta en España, de la historia en grande vista por gente pequeña, que esos somos nosotros, protagonistas circunstanciales que ponemos voz a acontecimientos que nos *trasbalsaron* —esa hermosa palabra en catalán no tiene equivalente en castellano, que no sea cursi—. ¡Qué difícil es contarlo y qué fácil contemplarlo!

Chicote, por ejemplo. El emblemático lugar de putas y corruptores de mayores en el Madrid de la posguerra. ¿Qué era? ¿Un bar, un café, una sala de fiestas? Motivo hoy para una copla de Sabina, como ayer lo fue de Agustín Lara. ¿Y el fusilamiento de Julián Grimau? Aquel comunista que demostró con su vida que nada podía

cambiar hasta que todo cambiara. Y Samuel Bronston, el hombre que no aparece en los libros de historia de España, dicho sea en detrimento de su veracidad, porque Bronston fue un reinventor de la historia, más que el Museo de Historia de Catalunya. Produjo aquella fastuosa mentira sobre el Cid, disfrazado de Charlton Heston, y de doña Jimena, imitando a Sofía Loren, que nos dejó apabullados. En unos recortes del documental se puede distinguir a un barbado don Ramón Menéndez Pidal haciendo el ridículo ante las estrellas del firmamento cinematográfico. Y luego el recital de Raimon en Madrid, cuyo parecido con el París del 68 sólo es admisible en la legendaria confusión entre el tocino y la velocidad. Y los Ángeles de San Rafael, los pobres ángeles, que debían de estar borrachos aquel día de junio de 1969 cuando la ambición mafiosa de Gil y Gil convirtió una boda en una catástrofe y una urbanización en un símbolo de la España naciente del ladrillo. Y la aparición de Adolfo Suárez, convertido hoy en el arcángel intangible en el paraíso de la desmemoria. Matesa y el Opus Dei. En una interpretación digna de Jack Nicholson, el eminente opusdeísta y modesto profesor del IESE de Barcelona, Antonio Argandoña, exhibe la diferencia entre el desnudo integral y la burka ideológica. Los años sesenta fueron volcánicos, atrevidos, temerarios y frustrantes. Después de ver un par de veces *De Madrid a la Luna*, pienso que en aquella década está lo mejor de nosotros mismos y que las pisadas en la Luna quizá fueran menos reales aun que nuestros sueños.●

JAIME ARIAS

Lo social y la economía

Una pregunta idónea, un punto escéptica, para Toni Castells: ¿posee Catalunya los medios para cumplir el ambicioso programa social de Montilla? El nuevo presidente fía en su notable fuerza de voluntad y en la actual buena salud de la economía. Ayuda ciertamente contar con plena confianza en sí mismo y en una saneada economía, sin la cual no hay política de progreso social posible. La marcha del país depende mucho de sus propios esfuerzos, pero también de las circunstancias y de factores externos condicionantes.

¿Responde nuestra sociedad, con moral suficiente, a los retos que se le plantea, ante la ambición de una Catalunya socialmente idílica? Es otra pregunta a la que, con antelación al discurso de Montilla, contestaba la brillante velada del 125.º aniversario del Banco Sabadell-Atlántico, prestigioso referente de las instituciones financieras catalanas.

Josep Olliu, Pasqual Maragall y el príncipe de Asturias y de Girona no sólo glosaron la ascensión del histórico Banco “desde el Vallès al món”. Expresaron su confianza en los planes de crecimiento, basado justamente en la solidez de propios recursos, en la fuerza productiva y capacidad de adaptación y de respuesta de los catalanes ante la complicada problemática que presentan España y Europa, derivada de aceleradas mutaciones y de una inevitable globalización de las economías, hasta hace poco nacionales.

El problema, común a todas ellas y máxime para un país pequeño, es de dimensión. Hace días que el Sa-

DESDE SABADELL,

siguiendo la visión

hispana e internacional

de los Corominas y de

los Casablanacas

badell previó la necesidad de un crecimiento dirigido hacia toda España y el exterior. Seguían sus presidentes y actuales ejecutivos la visión y la andadura internacionalista de sus fundadores, por ejemplo de un Corominas o un Ferran Casablanacas. Eran industriales sin fronteras. En todos los sectores crearon empresas, compitieron y batallaron pensando en toda la geografía estatal y mucho más allá. Implantando y dando celebridad, en las cinco partes del mundo, a productos *made in Spain*, a tiempo que redescubrían una dimensión hispánica.

Esa revalorizada y singular dimensión comprende un progresivo potencial en Norteamérica. Les consta a los grandes cosecheros vitivinícolas, tales los Ferrer y Torres, o los empresarios culturales y editores plurimediativos, cual Godó y Polanco, radiodifusores unidos. Los sabadellenses no pensaron en Madrid. Lo puso de relieve el príncipe Felipe, testigo de excepción dentro de la Fundación de Asturias, en la que comprobó la cooperación del banco catalán con históricos financieros ovetenses. En el cual desempeña labor ejemplar el marqués de Poal, descendiente del último y glorioso defensor catalán de 1714. Una gestión a nivel global que, según me decía un distinguido *senior adviser*, bien merece atención preferente del Banco de España.

Porque refleja el deseo mayoritario de la sociedad catalana de crecer en solidaridad con una España económica y social igualmente próspera y que inspire confianza.●